

BOLETIN SALESIANO

Instruyó al pueblo y divulgó todo lo que había hecho. Buscó las doctrinas útiles y escribió documentos rectísimos y llenos de verdades. Las palabras de los sabios son como punzas ó clavos, que penetran profundamente, y nos fueron dadas mediante nuestros maestros por el único pastor.

ECLESIASTÉS XII, 9, 10 y 11)

El peligro, Sto. Padre, está en la continúa difusión de libros infames; y para poner un dique á este mal inmenso, yo no veo otro remedio, que la fundación de una imprenta Católica, puesta bajo el patrocinio de la Santa Sede. De esta manera, no haciéndose esperar nuestras respuestas, podremos con mayor ventaja descender al campo de la lid y responder con feliz éxito á las provocaciones de los apóstoles del error.

(SALES)

No se engañaría mucho quien intentase atribuir principalmente á la prensa malvada todos los males y la deplorable condicion de las cosas, á la cual hemos llegado actualmente..., los escritores católicos deben con todas sus fuerzas volverla en bien de la sociedad.

(LEON XIII)

La prensa periódica sometida á la autoridad jerárquica, revestida del espíritu de Jesucristo, viene á ser un poder inmenso: ilumina, sostiene la verdad, hace desaparecer el error, salva y civiliza; es casi una forma de apostolado sublime.

(ALIMONDA)

SARRIÀ (Barcelona) — LIBRERIA SALESIANA — UTRERA (Sevilla)

HISTORIA AMENA Y EDIFICANTE DE LA VIDA DE MARGARITA BOSCO

Por el Sacerdote

J. B. LEMOYNE de la Congregación Salesiana

TRADUCIDA DEL ITALIANO

POR UN SACERDOTE DE LA MISMA CONGREGACION

Un opúsc. en-32 de 224 pág. Peset. 1, 00

Edición económica » 0, 75

PLAN
Y CONDICION DE SUSCRICION
Á LAS
LECTURAS CATOLICAS

1°. Esta publicación se propone única y exclusivamente la enseñanza y defensa de la Religión Católica, mediante la difusión de libros de estilo sencillo, llano y popular, adaptados á la inteligencia de todos. En la elección de los opúsculos se preferirán siempre los que contengan instrucciones morales, narraciones amenas é historias edificantes, siempre que se relacionen con la Religion Católica.

2°. Todos los meses saldrá á luz un opúsculo de unas 130 páginas, el que se enviará á los Sres. Suscritores.

3°. PRECIO DE SUSCRICION (ADELANTADO)

En Buenos Aires: Un año peso mqn.	1 00
— Provincias: — — —	1 25
» España — — —	pesetas	8 00
» Italia — — —	7 50

4°. Los Señores Suscritores, que quisieran constituirse centros de suscripción, recibiendo 10 ó más ejemplares, tendrán una notable rebaja proporcionada á la cantidad.

5°. Los pedidos y el precio de la suscripción se enviarán en Buenos Aires á la *Dirección de las Lecturas Católicas* en el *Colegio Pio IX de Artes y Oficios*; en ALMAGRO. En Salta, al R. S. Bernabé Piedrabuena, en el Seminario Conciliar; en Montevideo, á la Librería Católica de Ramón Adzarias, calle 25 Mayo, 253; en España, Barcelona-Sarrià á la Librería Salesiana, y en Italia, á la Librería Salesiana, Plaza de Maria Sma. Auxiliadora, TURIN.

BOLETIN SALESIANO

Debemos ayudar á nuestros hermanos á fin de cooperar á la difusión de la verdad.

(III S. JUAN, 8)

Atiende á la buena lectura, á la exhortación y á la enseñanza.

(I TIM. IV, 13)

Entre las cosas divinas la más divina es la de cooperar con Dios á la salvación de las almas.

(S. FRANCISCO)

Un amor tierno hácia el prójimo es uno de los mas grandes y excelentes dones, que la divina bondad puede hacer á los hombres.

(El Doct. S. FRANC. de SALES)



Qualquiera que reciba á un niño en mi nombre, recibe á mí mismo.

(MAT. XVIII)

Os recomiendo la niñez y la juventud; cultivad con grande empeño la educación cristiana; proporcionadles libros que enseñen á huir el vicio y á practicar la virtud.

(PIO IX)

Redoblad todas vuestras fuerzas para retraer á la niñez y juventud de las insidias de la corrupción y de la incredulidad y preparar de esta manera una nueva generación.

(LEON XIII)

→ DIRECCION en el Oratorio Salesiano. — Calle Cottolengo N° 32, Turin (Italia) ←

Sumario: Viaje del Ilmo. Sr. Cagliari — Carta del Sr. Presbítero D. Miguel Rua — Gracia de María Auxiliadora — Historia del Oratorio de S. Francisco de Sales — Necrología.



VIAJE DE MONS. CAGLIERO

á la América del Sur.

El 7 de enero de 1889 Monseñor Cagliari partirá de Turín con cerca de cincuenta misioneros para evangelizar la Patagonia. El día indicado, en la iglesia de María Auxiliadora, se efectuará la solemne función de despedida.

Monseñor da los más expresivos agradecimientos á todas los Cooperadores y Cooperadoras por cuanto han hecho en favor de sus misiones y ruega á los que aun se dispusieran á responder á la petición de D. Miguel Rua lo hagan en breve, como quiera que de tales socorros depende el éxito de su apostólica empresa. Eterno será el reconocimiento de Monseñor y de sus auxiliares, y Jesucristo mismo — á

quien les encomendarán constantemente en el santo Sacrificio — les dará generoso galardón en el tiempo y en la eternidad.



CARTA

DEL SEÑOR PRESBITERO DON MIGUEL RUA

A LOS COOPERADORES Y COOPERADORAS SALESIANOS

**Beneméritos Cooperadores
y Cooperadoras:**

Al escribiros la presente carta, en el día de año nuevo de 1889, asáltame un doloroso pensamiento y persuadido estoy de que también vosotros probaréis harto penosa impresión al recibirla: *No es ya Don Bosco, sino su sucesor el que escribe.* Bien que estemos ciertos de que él nos asiste desde el cielo, no obstante la idea de que no le tenemos ahora visiblemente con nosotros continúa excitándonos la más viva emoción.

En años anteriores y en especial el próximo pasado, en esta misma ocasión, recordando el número de Cooperadores y Cooperadoras llamados á la eternidad,

Don Bosco dejaba entrever el día no lejano en el cual, á su vez, debería partir de este mundo; y tan fija tenía esta idea en la mente que su carta semeja el recuerdo de un padre moribundo. Por desgracia su previsión, apenas pasado un mes, se realizó, produciendo intenso y universal sentimiento.

Mas no es mi ánimo contristaros y contristarme con tan aciago recuerdo, sino por el contrario que recíprocamente nos animemos á seguir sus gloriosas huellas y practicar fielmente sus consejos, á fin de que cuando también á nosotros nos llegue la hora suprema, sin pena alguna, podamos abandonar este destierro, llenos de confianza en la posesión de la patria celestial.

Agradecimientos.

Antes de manifestaros, según costumbre, las obras que con la ayuda de Dios y vuestra caridad se han realizado en el año anterior y de proponeros las principales que deban efectuarse en este, cumplo gustoso un deber: es el de daros las gracias por el muy sentido pésame con que habéis lamentado la irreparable pérdida que la Pía Sociedad Salesiana sufre con la muerte de Don Bosco. En algunas familias tan triste noticia anegó á todos en llanto como si hubieran perdido á su mejor amigo; en otras, amarga aflicción obligó á interrumpir la comida; muchas vistieron luto y se abstuvieron de toda diversión. Las cartas que en aquella ocasión recibí estaban llenas de tan tiernas y conmovedoras expresiones que, arrasados los ojos en lágrimas y obligado á interrumpir su lectura me sentía movido á exclamar: — ¡Oh, caro Don Bosco, cuánto os aman en todo el mundo!

Gracias, pues, de todo corazón á los que así ó de otro modo nos han consolado; gracias á los que con públicas ó privadas oraciones se empeñaron en alcanzar del Cielo la salud de Don Bosco ó han hecho sufragios por su alma; gracias muy rendidas á los distinguidos párrocos que generosamente han celebrado solemnes funerales y congregado á ellos inmensa concurrencia; gracias las más efusivas á los venerables Obispos de las numerosas diócesis que han tenido la bondad de ordenar exequias en sus propias catedrales y honrarlas con sus funciones; gracias con todo afecto á los elo-

cuos predicadores que en uno y otro continente han tributado solemne homenaje á la memoria de nuestro amado padre y depositado sobre su tumba imperecederas coronas.

Muy de veras agradezco también á mis hermanos Salesianos y Hermanas de María Auxiliadora, que, no obstante mi insuficiencia, me han reconocido por Superior y prestado humilde sumisión y obediencia antes aun de tener pleno conocimiento de la soberana disposición pontificia, á mi respecto, dando así muy singular prueba de caridad para conmigo y de profunda veneración á nuestro llorado Padre.

Y ¿cómo pasar en silencio la providencial venida de América de Monseñor Juan Cagliero en el momento en que estaba para caer sobre mí el peso enorme de todas las obras de Don Bosco? En verdad jamás podré olvidar la fraterna bondad con que me ha servido en tanta empresa. ¡Dios le recompense, coronando su apostólico celo con la conversión de sin número de almas!

Pero sobre todo debo dar el más vivo agradecimiento al sabio y benevolentísimo Santo Padre León XIII, que primero por medio de una muy preciosa carta de su Secretario de Estado, el Eminentísimo Cardenal Rampolla, y luego personalmente y de viva voz, no sólo se ha dignado expresar gran sentimiento por la muerte de Don Bosco, la cual considera como pública desgracia, sino que también ha hecho tales encomios del hombre de Dios que han llenado de consuelo mi corazón y me han infundido particular aliento. Sí, gracias muy rendidas á Vos, Beatísimo Padre, por tanta bondad; el Cielo os conserve muchos años para felicidad de los Salesianos, gloria de la Iglesia y admiración del mundo.

Invito finalmente á los Cooperadores y Cooperadoras salesianos á elevar con la Pía Sociedad Salesiana un himno de fervoroso agradecimiento á Dios y á la Santísima Virgen María por las numerosas y señaladas gracias concedidas en el año próximo pasado, manifestándonos claramente que no nos dejaba huérfanos y dándonos la mayor certidumbre de que, habiendo perdido á Don Bosco en la tierra, le tenemos de protector más eficaz en el cielo. *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur.*

Obras realizadas en el año 1889.

Si bien débilmente expresada mi gratitud, paso ahora á exponer el objeto principal de esta carta. Nuestro inolvidable Don Bosco recomendó en sus últimas memorias que, muerto él, durante cierto tiempo, en vez de abrir nuevas casas se consolidaran las ya existentes. Igual recomendación recibí del Vicario de Jesucristo en la audiencia en que el 21 de febrero tuve la dicha de ser recibido. Fieles á este sabio y paternal consejo no hemos hasta ahora aceptado ninguna de las numerosísimas propuestas hechas por Cardenales, Obispos, Párrocos, y aun presidentes y nos hemos limitado á cumplir la palabra empeñada por Don Bosco y las obras comenzadas con su beneplácito.

Por esto en Valsállice, junto á Turín, hemos establecido el ya floreciente Colegio de Misiones, compuesto de cerca de ciento cincuenta seminaristas salesianos que se forman en la virtud y ciencia sobre la tumba del amado padre y maestro y se mueven á ser como él apóstoles de fe y caridad.

Hemos tomado la administración de una parroquia en la ciudad de Parma á la vez que dado principio á un hospicio y á un Oratorio festivo, al que ya asisten como 200 niños.

En Gevigney, cerca de Besanzón en Francia, se ha organizado una colonia agrícola, para los pobres niños del campo, en un terreno con tal objeto regalado por un caritativo Cooperador.

Las Hermanas de María Auxiliadora han tomado la dirección de un asilo de niñas en Catania y han abierto en la misma ciudad una casa con talleres para jóvenes externas. Además el 26 de noviembre se establecieron en Novara en una gran casa, adquirida mediante la caridad de una egregia señora Cooperadora salesiana, y han abierto un Oratorio festivo, al cual asisten centenares de niñas como también un taller y escuelas dominicales.

Esto en Europa.

Pasando á la América, en la República de Chile se ha fundado una casa de artes y oficios, en Talca, conforme á lo prometido por el mismo Don Bosco, y que precisamente fué abierta el 31 de enero, día de la muerte de nuestro venerado padre. Por haberlo también él dispuesto, se ha establecido una residen-

cia de Misiones en las Islas Malvinas — correspondiente á la Prefectura Apostólica de la Patagonia meridional — en la cual los Salesianos á más de atender á los adultos se dedican á la enseñanza de los niños.

Nos es grato advertir que los ocho salesianos, últimos enviados por D. Bosco en persona, y que el 6 de diciembre de 1887 salieron de Turín á fundar una casa para pobres artesanos en Quito, capital del Ecuador, llegaron á su destino en los últimos días de enero é inmediatamente establecieron una casa que, con admiración y aplauso de la autoridad eclesiástica y civil y gran provecho de la juventud, se desarrolla de un modo admirable.

En Punta Arenas, sobre el Estrecho de Magallanes, las Hermanas han abierto una casa para albergar á las pobres indias de la Tierra del Fuego y educarlas cristianamente.

Debo asimismo recordar la expedición de más de sesenta misioneros, que saliendo, en tres porciones, de Turín para América, servirán de refuerzo en las casas ya establecidas, ya para conservar la fe de los europeos emigrantes, ya para enseñarla á los infieles, ya para fundar otros colegios ú hospicios, colonias agrícolas, casas de artes y oficios para la juventud, ora cristiana, ora pagana, que en aquellos lugares más que en cualquiera otra parte, vive en extremo pobre y abandonada.

Veinte Hermanas de María Auxiliadora han emprendido también igual viaje, para dedicarse según sus fuerzas y condición á la salud eterna de las personas de su sexo.

Estas santas expediciones de operarios evangélicos, si bien más numerosas que en años anteriores, obedecen á la intención de Don Bosco que, al recomendar no se abrieran tan pronto nuevas casas, excluyó expresamente las Misiones extranjeras é hizo una encarecida exhortación á sostenerlas y promoverlas, prometiendo especial protección de María Auxiliadora á cuantos cooperasen á ellas. Grandes han sido los gastos ocasionados por el viaje de estos misioneros; pero debo confesar que la caridad de nuestros Cooperadores y Cooperadoras, particularmente de Italia, Francia y Bélgica ha sido tan generosa como en los felices días del incomparable Don Bosco.

Aunque, en comparación de otros años en este no se hayan abierto tantas casas y emprendido nuevos trabajos, no obstante puede considerarse como obra bien extraordinaria el haber podido conservar todas las antes establecidas, sin abandonar una siquiera, á pesar de la muerte de quien era para todas ellas el corazón y la vida: esto nos manifiesta que Dios está con nosotros y sigue favoreciéndonos con su amorosa providencia. Sí, Dios nos protege con mandarnos auxiliares; nos protege con infundir en estos el espíritu de abnegación y sacrificio, celosos en el trabajo para la divina gloria; nos protege, sobre todo, con inspirar y mover á tantas buenas personas, como son nuestros Cooperadores y Cooperadoras, á sostenernos con sus limosnas para la eficacia de nuestras Obras. Bendito sea, mil veces, el Señor y largamente recompensada la caridad de sus fieles amantes!

Algunas obras propuestas para el año 1889.

En el presente año debemos proseguir el bien comenzado, dar impulso á las casas ya fundadas y consolidarlas más y más para bien de la religión y mejoramiento de las costumbres, cual es el objeto de nuestra Sociedad. La educación de doscientos cincuenta á trescientos mil niños, que en Europa ó América se educan en el Instituto Salesiano, pesa sobre nuestras espaldas.

Por consiguiente las principales obras que propongo á vuestra caridad son:

La atención de tantos millares de niños pobres, albergados en las Casas Salesianas, á los cuales debemos proporcionar alimento, vestido, maestros, libros y útiles de trabajo, á fin de que, educados convenientemente y aprendida una profesión con la cual puedan ganarse honradamente el pan, procuren su bien y el de sus semejantes.

La protección á centenares de jóvenes clérigos que se preparan al estado eclesiástico, á quienes es también necesario mantener, vestir y ayudar en sus estudios, no solo para que no lleguen á faltar sacerdotes y misioneros, maestros y auxiliares que sustituyan á los que mueren ó enferman, sino también para que de año en año crezca su número y por su medio podamos extender el reino de Jesucristo en la tierra, fundando casas

y misiones, donde quiera que sea menester.

Las imprentas y librerías para la difusión de las buenas lecturas, instruir á los fieles en sus deberes, precaverlos contra el error y acrecentar así el amor y respeto á nuestra santa católica religión, única verdadera, única que conduce á la salvación.

Los doscientos y más Misioneros que con vivo empeño trabajan en diversos puntos de América del Sur y hasta en los confines de aquella tierra, los cuales, como bien sabéis, estando allá no en busca de oro sino de almas, no entre comodidades sino en el sacrificio, necesitan constantemente de vuestra ayuda sea para su sustento y abrigo, sea para proveer á los mismos indios ya de vestido ya de instrumentos de labranza con que enseñarles el cultivo de la tierra, sea para construir capillas donde enseñar la palabra de Dios y celebrar los divinos oficios, sea para levantar casas de caridad donde recoger á los pobres hijos de aquellos, educarlos cristianamente, según la necesidad y promover la civilización y la salvación de crecidísimo número de salvajes.

Finalmente obra muy recomendada por nuestro llorado Don Bosco y que yo recuerdo á vuestra piedad es la conclusión del Hospicio del Sagrado Corazón en Roma. Ya cien niños se albergan en él; mas nuestro padre y fundador quería que se pudieran refugiar quinientos para salvar así mayor número, conduciéndolos á Jesucristo. ¡Quiera Dios que pronto se pueda continuar la construcción paralizada por falta de recursos.

Ya lo véis, beneméritos Cooperadores y Cooperadoras, cuan vasto campo se ofrece en el presente año á vuestra caridad y cuan propicia ocasión para enriqueceros de buenas obras en vida, aseguraros dulce consuelo á la hora de la muerte y aumentar el esplendor de vuestra eterna corona.

Monumento á Don Bosco en honor de María Auxiliadora.

Os hablaré ahora de una obra digna de singular estima. Ninguno de vosotros ignora que por varios años nuestro caro Don Bosco consagró muy especial solitud en levantar, en Turín, junto á la

Casa central salesiana, un templo en honor de la Madre de Dios, con el título de María Auxiliadora. En la necesidad de terminar cuanto antes el edificio para poder reunir á casi mil niños, que ya no cabían en la capilla de San Francisco de Sales, y en vista de los crecidos gastos hechos, debió resolverse á aplazar la idea de decorarla con preciosos mármoles, oro y pinturas. Más tarde, y con especialidad en estos últimos años los muchos prodigios obrados por Dios, en bien de los que habían concurrido á la construcción de dicha iglesia, los cotidianos testimonios de las gracias que María Auxiliadora continuaba concediendo á los que personalmente ó por medio de las súplicas de los huérfanos del Oratorio la invocaban, lleno de reconocimiento por los beneficios que él mismo y sus hijos recibían, el gran siervo de Dios concibió vivísimo deseo de embellecer y adornar la Casa en que, como de su trono, la amorosísima Reina había derramado y derramaba tan señalados beneficios.

En el año de 1887 Don Bosco había ya hablado á este respecto con dos célebres pintores y decoradores y ordenado los estudios convenientes.

Ahora bien, tal es la obra en la cual durante el año 1889 y siguientes ocuparemos nuestro pensamiento, nuestro corazón y nuestras manos. Después de la muerte de Don Bosco muchas y aun autorizadas personas me han invitado con vivo interés á iniciar una subscripción pública para levantarle un monumento. Habiendo tenido yo la suerte envidiable de vivir al lado del hombre de Dios, oír sus palabras, ser testigo de sus pensamientos y deseos, estoy convencido de que el monumento más grato á D. Bosco es terminar el levantado por él mismo en honor de María, hermostearlo y hacerlo digno de tan excelsa Reina.

Esta obra, tornando de gloria á la augusta Madre de Dios y de honor á Don Bosco, será también el cumplimiento de una solemne promesa hecha por los Superiores de la Pía Sociedad Salesiana en la tarde misma del 31 de enero de 1887, en que huérfanos quedábamos de tan amado padre.

En vista de las graves dificultades presentadas por la Autoridad civil para sepultarlo en una de nuestras Casas y temiendo nos viésemos en la precisión de llevarlo al cementerio general, prometi-

mos que si María Auxiliadora nos concedía la guarda de aquellos restos queridos en el Oratorio de San Francisco de Sales ó al menos en el Colegio de Valsállice, en acción de gracias por un favor tan deseado, pondríamos todo nuestro empeño en la decoración de su mencionada iglesia. Nuestros votos, bien lo sabéis, fueron oídos y llegado es el caso de cumplir nuestra palabra. Mas si por nuestra parte nada omitimos para ejecutar la obra lo más pronto posible, no se os oculta que sólo podemos concurrir moralmente, esto es, con la palabra, el consejo y humildes servicios, porque también nosotros como nuestros huérfanos vivimos de la caridad; los medios materiales todos, los esperamos de vosotros nuestros Cooperadores y Cooperadoras tan devotos de María como admiradores de su fidelísimo siervo Don Juan Bosco.

En consecuencia, desde este mes en que se cumple el primer aniversario de la muerte de D. Bosco, ábrese la suscripción con este título: *Monumento al Sacerdote Don Juan Bosco, en Turín, en honor de María Auxiliadora.*

Por ahora ninguno queda encargado de recoger las limosnas, y ruego á los devotos de María y amigos de D. Bosco que tengan la bondad de mandar sus ofertas directamente, dirigidas al que suscribe é indicando el objeto.

Más tarde se enviarán esquelas con el sello del Instituto á los señores párrocos, y se les rogará tengan á bien prestarse ellos mismos á este acto de caridad con recibir los donativos, para evitar á los mal intencionados lleguen á sorprender la buena fe de los fieles, como en casos análogos suele suceder.

En un registro particular anotaremos las limosnas de cada ciudad y el nombre y apellido de los donantes.

Termino este punto con un recuerdo: Mientras en los años 1865, 66 y 67 se estaba fabricando la iglesia de María Auxiliadora, Don Bosco y todos nosotros fuimos testigos de muchas extraordinarias gracias concedidas por Dios á los que con limosnas ú otros medios materiales concurrían á la expresada construcción; el hecho llegó á ser tan público y notorio que uno de los primeros Obispos que predicaron en esta iglesia con entera verdad dijo: *Cada piedra de este santo templo significa una gracia ó un milagro de María Auxiliadora.*

Y bien, lo que ocurrió en la construcción, plenamente confío se renovará en la decoración. Esta confianza no carece de fundamento; porque el que toma parte en esta obra honra á María, como el que embellece el palacio, la casa ó habitación de una generosa y augusta reina; y escrito está que el que honra á la Madre de la Eterna Sabiduría obtendrá la vida eterna: *Qui elucidant me, vitam aeternam habebunt*; y si obtendrá la vida eterna que es todo, harlo más fácilmente obtendrá parte, lo menos, como son las gracias espirituales y temporales de que tanto necesitamos en este valle de lágrimas. El que honra á María conseguirá su poderoso auxilio no sólo en las gracias de santificación y salvación del alma sino aun en los beneficios corporales y en los negocios del tiempo, como quiera que ayuden á los de la eternidad, y experimentará cuan bien le sean aplicables aquellas palabras del Espíritu Santo: — El que me encontrare, encontrará la vida y obtendrá del Señor la salvación: *Qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem a Domino*.

Medios eficaces para sostener las obras de beneficencia.

Después de consideradas las indicadas obras de religión y beneficencia, acaso me preguntaréis cuál debe ser vuestra conducta para prestar eficaz concurso á su existencia y ejecución.

A fin de no extenderme en lo que ya conocéis, para responderos, me limito á señalaros tan sólo un medio que juzgo el más importante para todos: *Abriquad en vuestro corazón la verdadera caridad, la caridad de Nuestro Señor Jesucristo*. Quien en tal caridad se enciende, encuentra medio de cooperar á toda buena obra. Sí, procuremos inclinarnos á hacer constantemente el bien á nuestros semejantes, en especial á los niños pobres y abandonados y á las almas en peligro de condenación eterna, como son particularmente las de los pobres salvajes que aun no conocen á Dios.

Esta inclinación todos en mayor ó menor grado la sentimos, pero podemos de día en día acrecentarla, hacerla más solícita y poderosa, entre otras reflexiones con las siguientes:

Consideremos primeramente que la caridad hacia el prójimo es lo que nos hace

más semejantes á Dios, quien siendo por su naturaleza una bondad expansiva, hace el bien aun á los que no lo conocen ni aman y hasta á sus enemigos, como dice el Evangelio: *hace alumbrar el sol sobre los buenos y los malos y envía la lluvia á los justos y pecadores* (1).

Consideremos cuanto ha hecho y hace Nuestro Señor Jesucristo por todos y por cada uno de nosotros. Teniéndolo todo y siendo la felicidad misma, eligió toda suerte de sacrificios y penas; padeció injurias, insultos, burlas y calumnias; se sometió á una infame condenación, á los azotes, á las espinas, á la cruz y á la muerte y á derramar hasta la última gota de sangre; y después de dar ejemplo de tan inaudito amor, nos lo ordenó con las más perentorias palabras. Y luego la caridad que tantas veces nos ha demostrado con el perdón de los pecados, con librarnos de desgracias, con evitarnos la muerte quizá aciagos en momentos ¿no deberá servirnos de estímulo para ejercitar la caridad con el prójimo?

Consideremos cuán dulce consuelo probaremos á la hora de la muerte, cuando próximos á presentarnos delante de Dios, quizá, trémulos con el recuerdo de nuestras miserias, recordemos que en el Cielo más de una alma bienaventurada ruega por nosotros, como quiera que le hemos ayudado á su salvación en las Casas ó misiones fundadas y mantenidas con nuestra caridad ó en su formación en el sacerdocio, favoreciendo sus estudios y cultivo de su vocación. ¡Oh, cuántos preciosos hechos podría aquí citaros de esta indecible satisfacción por las almas caritativas experimentada en la agonía!

Consideremos además que Dios ha prometido que la caridad que tengamos con el prójimo él la tendrá con nosotros; la tendrá en las cosas espirituales y temporales; la tendrá particularmente con los que cuiden de los pobres huérfanos, con los niños en mayor abandono y peligro. *Bienaventurado el que se compadece del miserable y del pobre*, dice el Espíritu Santo, *porque el Señor lo librará en el día supremo. El Señor lo conservará y le dará la vida y lo hará feliz en la tierra y lo librará de sus enemigos y lo socorrerá en el lecho de dolor*.

Aun en el curso de nuestra vida cuántas veces podremos encontrarnos en bien dolorosas y críticas circunstancias en las

(1) MATT. V, 45.

cuales ninguna persona en el mundo pueda valernos. Gran estímulo es para usar caridad con el prójimo el pensamiento de que con ella Dios se constituye deudor y protector nuestro.

Ved, pues, beneméritos Cooperadores y Cooperadoras, cuántos motivos nos animan á la caridad. Usemos de ellos con frecuencia y encenderemos en nuestro corazón una llama tan viva de amor que su benéfico calor se extenderá hasta los confines del mundo.

Algunas máximas que practicar.

Para llevar á cabo cuanto arriba he indicado, á fin de que nuestros corazones se inflamen en viva caridad, añadiré algunas máximas cuya práctica pueda servirnos de poderosa ayuda.

1° Reservemos cada día, ó al menos cada semana ó cada mes, alguna cosa para las obras de beneficencia y religión. Así lo aconsejaba San Pablo á los primeros cristianos para socorrer á los indigentes (1).

2° Hagamos de cuando en cuando algún sacrificio y economía con tal objeto, ya en viajes, ya en diversiones, ya en vestidos ó comidas, cercenando siquiera parte de lo supérfluo. Las madres é hijas de familia y hasta las servidoras pueden con semejante arbitrio hacer un bien inmenso.

3° El que se propone dar algo de lo que posee á obras de caridad, empéñese en hacerlo en los días de salud; aunque no sea mucho, asegúrese de que se cumple su voluntad, por decirlo así, delante de sus ojos. Después de muerto pueden ocurrir grandes é inesperadas dificultades, disensiones y pleitos que no sólo impidan auxiliar las obras de caridad sino sirvan de ruina y condenación á no pocas personas seducidas por la avaricia. Y luego mejor alumbra nuestro viaje á la eternidad una vela camino adelante que no dos por la espalda.

Conclusión.

He aquí, beneméritos Cooperadores y Cooperadoras, los sentimientos del humilde Sucesor de D. Bosco y que espero sean también los vuestros.

Concluyo por fin rogándoos tengáis á

(1) Cor. xvi, 1, 2.

bien seguirme favoreciendo con vuestra benevolencia. Hacedlo por amor de Dios, por amor de María Auxiliadora y por amor de Don Bosco que tanto os amaba y que antes de morir os escribía: *Si con tanta bondad y perseverancia me habéis ayudado, ahora os suplico que después de mi muerte continuéis ayudando á mi Sucesor.*

Por mi parte os aseguro que, en unión con mis hermanos Salesianos, proseguiré inspirándome en los consejos y máximas de D. Bosco y en hacer lo posible para que vuestra caridad reporte el fruto deseado á la religión, á la familia y á la sociedad, para gloria de Dios y salvación de las almas.

Fiel á la recomendación que me hizo Don Bosco, todos los días os encomiendo al Señor y según mi intención en todas las oraciones que se hacen en las Casas Salesianas, vosotros estáis siempre comprendidos, á fin de que Dios os conceda aun en la vida presente el céntuplo de vuestra caridad y después la corona de gracia de que gocéis eternamente en el Cielo. Rogad á vuestra vez por mí. Roguemos además por todos los Cooperadores y Cooperadoras difuntos y entretanto me profeso con profunda gratitud y cordial estimación vuestro obligadísimo servidor y capellán,

MIGUEL RUA, Pbro.

Turín, 1° de enero de 1889.

Gracia de María Auxiliadora.

Sin pretender se preste más que una fe humana vamos á reproducir la relación que la Superiora del Instituto de las Hermanas de María Auxiliadora acaba de hacer á sus religiosas, tocante á un señalado favor recibido á la hora de la muerte por una de nuestras Hermanas. Sin duda servirá de grande edificación á nuestros Cooperadores y Cooperadoras y les ayudará á avivar la fe en María Auxiliadora ya en vida ya especialmente en la hora de la muerte.

Niza Monferrato, 18 de diciembre de 1888.

Carísima hermana en Jesucristo:

Bien que no sea nuestra costumbre daros noticia de las circunstancias que acompañan la muerte de nuestras hermanas, he creído conveniente hacer ahora una excepción.

La muerte de sor Magdalena Gatti, ocurrida pocos días hace en nuestra Casa de

Turín, ha sido de tan gran consuelo que será de gran bien para todas tener singular conocimiento. Ella es la confirmación de lo dicho por nuestro llorado Fundador y Padre Don Bosco: *Si las Hermanas observan las constituciones que les han sido dadas seguras tienen la salvación.*

A fin de que tengáis cabal conocimiento del hecho os transcribo la carta en que la Directora de la Casa de Turín me lo refiere. Os advertiré solamente que si no todas las Hermanas reciben en la última hora un favor semejante al obtenido por Magdalena, no quiere esto decir que no sean caras y aceptas á María sino que ó bien no tienen necesidad ó secretamente reciben otras equivalentes.

Empeñémonos únicamente en vivir como buenas Hijas de María y fieles Esposas de Jesús y seguras estemos de que nuestra muerte será dulce y preciosa en la presencia de Dios.

Aprovecho esta ocasión para deseáros buenas pascuas y feliz año nuevo y al mismo tiempo para recomendaros que en el día aniversario de nuestro inolvidable Don Bosco hagáis oraciones especiales no porque creamos que él las necesite sino en reconocimiento del gran bien que nos ha hecho.

De vosotras afma. en Jesucristo
SOR CATALINA DAGHERO.

Turín, 16 de diciembre de 1888.

Revma. Madre en Jesucristo:

Hoy, primer día de la novena del Niño Dios, nuestra bendita Madre María Auxiliadora ha llevado al cielo á nuestra muy amada hermana sor Magdalena Gatti.

¡Oh! Qué hermosa muerte la de esta hermana.

Todas cuantas he visto morir han dado señales más ó menos visibles de ir al Paraíso; pero ninguna me ha producido más extraordinaria impresión que esta.

Varios meses hacía que sor Magdalena se hallaba enferma. En estos últimos tiempos agravado su mal sufrió día y noche como una mártir; siempre con la paciencia y amor de una santa. Si bien ilimitadas eran su confianza en Jesús y María, á causa de una gran delicadeza de conciencia que á veces parecía escrupulosa, mostraba en ocasiones no poca aprensión con el pensamiento de la muerte.

Esta mañana á eso de las 8 1/2, viéndose próximo su fin, fué llamado el Señor Director Don Bonetti, quien después de decirle algunas palabras en secreto comenzó á leerle las plegarias de los agonizantes. Repentinamente el semblante de sor Magdalena se transformó; ya no se pintaba en él el sufrimiento sino la alegría; sus ojos antes débi-

les y oscurecidos miran vivaces hacia el frente y en sus labios se dibuja dulcísima sonrisa.

Al presenciar este espectáculo todas nosotras, que rogábamos junto á su lecho, suspendimos la oración y también el Señor Director para contemplar tan conmovedora escena. Momentos después sor Magdalena exclama:

— ¡Oh, María! ¿Soy vuestra hija? ¿Soy esposa de Jesús? ¡Ah! yo no me atrevía á llamarme hija vuestra y esposa de Jesús, temiendo ser indigna. ¡Gracias, María, gracias!

¡Oh! ¡que felicidad! María me dice que soy su hija y esposa de Jesús y que me espera en el Paraíso. ¡Oh! ya no tengo miedo de morir, ya no tengo miedo...

Bien comprenderá, carísima Madre, cuán grande fué nuestra emoción en aquel instante. Todas llorábamos como niñas y aun al Señor Director se le rodaban las lágrimas.

Desde aquel momento sor Magdalena, como si ya no sintiese mal alguno, se puso á hablar con tanto vigor y energía como no lo había hecho ni aun cuando sana, y por un cuarto de hora su conversación nos llevaba la mente al Paraíso. Después de dar gracias á Dios por haberla hecho cristiana y religiosa dió las gracias á las Hermanas que la habían asistido en su enfermedad, nombrándolas una á una, y pidió perdón por si alguna vez las había molestado.

Quiso asimismo darme las gracias y luego con respetuosas palabras y santa libertad me amonestó dulcemente porque acostumbro hacer esperar la salud á las enfermas, mientras al contrario el Señor Director les dice la verdad á fin de que estén siempre preparadas.

Agradeció encarecidamente al Sr. D. Bonetti que caritativamente la había asistido, visitado y dado la bendición de día y de noche, y le aseguró que cumpliría sus encargos con María Auxiliadora y Don Bosco; le encomendó además que diera las gracias á los otros superiores, y á mí que las diera á V. R. y á todas las Madres del Capítulo.

Sin olvidar á sus parientes recomendó les dijeran que á todos los esperaba en el Paraíso. — *Decíles á todos repetía con énfasis, que yo muero hija de María y esposa de Jesús.*

Concluídos estos agradecimientos, dirigiéndose al Sr. Director le dijo: — *¿Por qué sentiré tantos deseos de hablar cuando antes no era así?*

— *Porque tenéis el corazón lleno de contento y el contento os hace olvidar que estáis en la agonía.*

— *Si es verdad estoy tan contenta, tanto que no puedo expresarlo. Ahora no temo la muerte sino que la deseo.*

Después de breve silencio añadió: — *Es verdad he olvidado una cosa con María; no le he pedido que me llevase pronto con ella; pero no importa confío en María; cuando sea tiempo*

me llevará; así no haré mi voluntad sino la de Jesús.

Entre tanto dieron las 9, y siendo domingo, el señor Director debía ir á celebrar la misa de nuestra Comunidad.

Antes de retirarse la saludó y le dijo que rogaría por ella en la Misa; que concluída esperaba encontrarla viva; mas que si así no fuese se volverían á ver en el Cielo: — *Sí, sí, vaya y ruegue por mí*, le contestó, *¡hasta vernos en el Paraíso!*

Durante la celebración del Santo Sacrificio, sor Magdalena perdió el uso de la palabra. Cuando el sacerdote llegó apenas tuvo tiempo de decirle algunas expresiones é invitar á los ángeles para que le saliesen al encuentro. Eran las diez y media de la mañana.

He aquí referido á la ligera, carísima madre, lo que pocas horas hace ha ocurrido en nuestra casa. Todas las hermanas que estamos presentes del mismo modo que el señor Don Bonetti estamos persuadidos de que sor Magdalena ha tenido una celestial visión. Ella lo dijo (y á la muerte no se miente) y lo demostró su semblante transformado y el vigor corporal, cuando momentos antes apenas si podía proferir una palabra.

¡Oh! Madre mía, qué amable y hermosa debe ser la Virgen Santísima si tan sólo con verla un momento y hablarle una palabra se llenó de dulzura el corazón de una moribunda! ¿Si tal efecto producen una mirada y una palabra suya cuánto no se gozará con verla en el Cielo y hablarle y vivir en su compañía por toda la eternidad?

¡Oh, carísima Madre, cuán contentas estamos todas de ser Hijas de María Auxiliadora! Dios sea bendito por la gracia que de la santa vocación nos ha hecho.

Entre tanto dígnese recibir con mis respetos los de todas estas sus hijas y deseándole felices pascuas nos recomendamos á sus oraciones.

De Su Rev. con toda estima y afecto obligadísima hija

Sor TERESA LAURENTONI.

Visto: Se confirma la verdad de lo referido.

JUAN BONETTI Pbro.

Sor Magdalena Gatti era natural de Rosate, cerca de Milán. Ha muerto á los 33 años de edad y 6 de religión. En la Casa de Turín, donde residió cinco años, prestó grandes servicios como asistente y directora de los talleres. Su eximia virtud era causa de que fuese muy estimada de todas las hermanas y amadísima de las niñas del Oratorio festivo, á las cuales tenía siempre contentas y dirigía con gran provecho en el camino de la virtud. En las vísperas de cada fiesta un buen número de educandas eran alentadas y preparadas por ella para la santa Confesión.

Su semblante era muy afable; hablaba poco y su presencia infundía respeto.

Al principio de su enfermedad vinieron sus parientes con el propósito de llevarla á casa para que curara más pronto; pero ella se empeñó con la Superiora y Hermanas en permanecer con nosotras y decía: — Si en vez de sanar, mi mal se agrava no podré en casa recibir á Nuestro Señor con tanta frecuencia como aquí, y luego me daría mucha pena morir lejos de mis hermanas.

¡Qué el buen Dios y María Auxiliadora nos manden muchas hermanas semejantes á sor Magdalena Gatti y que en su bondad se dignen conservarlas más largo tiempo para nuestra edificación y aliento.

HISTORIA DEL ORATORIO DE S. FRANCISCO DE SALES

CAPÍTULO XIII.

Consejos no escuchados. — El hijo y la madre. — Fin noble y generoso. — El llanto de las madres. — Salida de *Beccha*. — Feliz encuentro. — Llegada á Valdocco. — Pobreza, miseria y alegría. — El ajuar de la Esposa. — Nuevos alquileres. — Ensayos de las escuelas dominicales y nocturnas. — Visitas y premios.

Tres meses habían pasado desde que Don Bosco hallábase en el seno de la familia y merced al descanso, buenos aires del país, y amores cuidados de sus parientes, se había repuesto por completo. Enternecido por las frecuentes visitas que le hacían los niños para llevarlo á Turín, apremiado por las afectuosas cartas que le solicitaban volviese pronto, había prometido contentarlos y deseaba vehementemente llegase el día en que pudiese emprender su viaje. Pero dos eran las cosas que lo tenían en perplejidad y retardaban por consiguiente el cumplimiento de sus deseos y nuestros: Los consejos de los amigos que le insinuaban lo contrario y las críticas circunstancias de su nueva demora.

« Tu tienes necesidad, decíale ó escribíale alguno de sus compañeros, de uno ó dos años de descanso lejos del Oratorio; pues de lo contrario te expones á recaer y entonces ó te harás por completo inútil al trabajo ó tendrás que bajar, antes de tiempo, á la tumba. Quédate pues, por algún tiempo, en casa; ocúpate en cosas fáciles y ligeras, y una vez bien fortalecido, podrás empezar de nuevo tus acostumbrados trabajos. »

Si se consideraba la gran fatiga que el Oratorio le proporcionaba, si se reflexionaba en la delicada complexión de Don Bosco y en las consecuencias de la enfermedad mortal, dichos consejos no eran fuera de regla; pero por nuestra buena ventura imán podede-

roso impelía á Don Bosco ponerse al frente cuanto antes de sus queridos niños, pues el estar tanto tiempo lejos de ellos íbale causando gran pena y por lo tanto érale imposible escuchar los referidos consejos. Por cuyo motivo, dando gracias á sus amigos por la benevolencia que le demostraban, proseguía diciéndoles como el apostol San Pablo: « Dejadme, ir al Señor que me llama. Él, que es omnipotente, y que abate y suscita, sabrá aumentar mis fuerzas y darme la salud que necesite. Y si tuviese que sucumbir ¿qué importa? *Nihil horum vereor, nec facio animam meam pretiosorem quam me:* Yo no temo eso que vosotros me decís, ni tengo mayor estima de mi vida que de mi ministerio, antes al contrario muchísimo me gustaría terminar mi carrera en bien de la pobre juventud. Viendo esta resolución y pareciendo que se descubría una disposición del Cielo, el Ilmo. Señor Franzoni y el Rdo. Sr. Cafasso consintieron se volviese al Oratorio, recomendándole, sin embargo, se limitase tan solo á estar en compañía de los niños, á dirigirlos y aconsejarlos, absteniéndose absolutamente de confesar, predicar, hacer clases y otras cosas semejantes. Don Bosco prometió, pero después... hacía como por el pasado. Hablando un día de esto, oímos que decía: « Al principio tenía voluntad de obedecer y mantener mi promesa; pero después, al ver como el Sr. Borelli y compañeros no podían atender á todo, y tal vez muchos niños en los días de fiesta quedaban sin confesarse, no pude contenerme y me resolví á ayudarlos. Desde entonces no tuve necesidad de médicos ni de medicinas. Lo cual hízome creer que el trabajo no es lo que daña á la salud corporal. »

Vencidas las dificultades que le representaban los referidos médicos, tratábase de superar otras muchas más grandes: Al volver á Turín, la intención de Don Bosco era establecer su residencia fija en Valdocco, muy cerca del Oratorio. Con este fin había alquilado ya algunas alcobas de una casa contigua á la iglesia. Pero un poco más tarde vino á conocer lo muy peligroso que sería la permanencia en dicho sitio, ya por la posada de la *Giardiniera*, que estaba muy cerca, ya también por ciertos vecinos que vivían malamente. Don Bosco en su nueva habitación, no pudiendo ser servido como en el Instituto de la Marquesa de Barolo, necesitaba una persona en casa, pero á causa de los sobredichos motivos no se atrevía á tomarla, temiendo con razón exponerla á los peligros que es fácil imaginar, lo cual le tenía angustiado y pensativo.

Ahora bien: ¿cómo Don Bosco salió de este embarazo? ¿Quién allanará el camino para que pueda realizar su deseada venida entre nosotros?

La mujer entró siempre en todos los acaecimientos más ó menos favorables para la

miseria humanidad y salvación de las almas. No es este el lugar para nombrar una por una las grandes heroínas que por divina voluntad, en la antigua y nueva ley, tomaron loable parte en el cumplimiento de hechos portentosos; pero como para nosotros y para la juventud en general, el definitivo establecimiento del Oratorio de San Francisco de Sales fué un acaecimiento de grande importancia, no podemos menos de notar la disposición de Dios Ntro. Señor en que también las mujeres tuviesen una parte muy singular. Entre ellas figuran todas las madres que enviaban sus hijos al Oratorio con suma solitud; las señoras con las limosnas que para esta obra daban; las religiosas que trabajaban día y noche en favor de aquellos pobrecitos niños. Pero entre todas hay una mujer que tomó una parte muy principal, mujer que dió ejemplo y animó á todas las demás; mujer que fué la primera en enarbolar sobre aquel suelo la bandera de la caridad en bien de los niños pobres y abandonados, los cuales justamente la llamaron madre; mujer que para tal empresa púsose á la cabeza de muchísimas otras que caminaron, caminan y caminarán sobre sus huellas hasta el fin de los siglos. Esta mujer es Margarita Occhiena, viuda de Bosco.

De ella daremos una biografía cuando entremos en la narración de su feliz tránsito; en tanto hablaremos como de nuestra madre adoptiva siempre que se nos presente ocasión.

Todo lo que hasta aquí hemos referido y mucho de lo que referiremos aún en lo sucesivo nos lo ha dicho la misma madre de Don Bosco durante los 12 años que tuvimos la gran dicha de disfrutar de su amable compañía y maternales cuidados.

Angustiado, pues, D. Bosco por las referidas dificultades, después de haber pensado en vano en su remedio, púsose un día á hablar con su madre del modo siguiente: « Héme resuelto volver á Turín en medio de mis queridos niños. Pero como ahora no demoraré en el Refugio, tendré necesidad de una persona de servicio. Para tomarla se presenta una dificultad muy grande, y es el sitio donde tendré que residir, en Valdocco, á causa de algunas personas que viven en aquellos alrededores escandalosamente. Ud. sola podría tenerme tranquilo; ¿me quiere, pues, acompañar? »

A estas palabras la piadosa mujer se quedó un poco pensativa, y después respondió:

« Querido hijo, tú puedes imaginar cuánto cueste á mi corazón abandonar esta casa, á tu hermano y tantas otras personas que aprecio muchísimo; sin embargo, si te parece que lo que tu me propones puede agradar al Señor, yo estoy dispuesta á irme. »

D. Bosco le dijo que sí, le dió las gracias y concluyó diciendo: « Bueno; pues dispongamos las cosas y después de la fiesta de Todos los Santos, partiremos. »

Y á la verdad, Margarita Bosco, al abandonar la casa hacía un gran sacrificio; puesto que ella era dueña de todo, amada por todos, respetada por todos los vecinos, en fin, no le faltaba nada en su condición para ser feliz. Tampoco era menos grande el sacrificio de la familia, la cual, apénas se hubo enterado de tal decisión, no cesaron de llorar á lágrima viva. Pero en aquella casa reinaba el santo temor de Dios y por lo tanto, pensando en el fin por el cual la virtuosa madre se alejaba, todos se resignaban y callaban.

El fin por el cual se iba era verdaderamente noble y generoso. Ella salía con su hijo no para llevar una vida más cómoda y tranquila, sino para dividir con él las penas y trabajos en favor de centenares de niños pobres y abandonados; no impelida por codicioso deseo de atesorar riquezas, sino por amor de Dios y de las almas, pues sabía que la parte del sagrado ministerio que Don Bosco había emprendido, lejos de ofrecerle medios de ganancia, la obligaba por el contrario á gastar de lo suyo y después á buscar limosna. Mas ante tal reflexión no se arredró, sino que, admirando el valer y celo del hijo, se sintió más animada á ser su compañera é imitadora hasta la muerte. ¡Dichosos aquellos sacerdotes que tienen madres tan virtuosas!

En tanto habían ya mandado á Turín algunas cosas y por último llegó el 3 de noviembre, día fijado para la salida.

Apénas se supo en el pueblo esta noticia sucedió una escena que Don Bosco no se esperaba: Hemos dicho ya como durante el tiempo de su convalecencia en *Becchi*, secundando su irresistible inclinación, había reunido numerosos niños y formado un pequeño Oratorio. Atraídos por sus dulces y afables maneras, aquellos niños lo amaban ya tanto que durante la semana no hacían más que suspirar llegase el domingo para ir junto á él. Además los padres al ver tan bién tratados, educados é instruidos á sus hijitos, estaban en extremo contentos y hacían votos para que el buen sacerdote no se hubiese ido nunca de allí. Así lo esperaban; pero cuando tuvieron noticia de lo contrario se fueron en seguida á su casa y con las más vivas instancias le suplicaban que no se fuese. — Si necesita algo, nosotros estamos dispuestos á pagarlo, decían. — Yo, si no puedo en dinero, daré alguna cosa en tela. — Yo ofreceré huevos y gallinas. — No tema, Ud., no faltará nada, le traeremos trigo, maiz, en fin, de todo lo que poseemos; quédese Ud., y no abandone de este modo á nuestros pobrecitos hijos. — Viendo que sus súplicas no alcanzaban nada varias de aquellas buenas mujeres y niños se echaron á llorar á lágrima viva, turbando no poco la serenidad de Don Bosco.

Mucho lloraron también los nietos de Margarita Bosco cuando la vieron en vísperas

de partir; pero la valerosa mujer consolándolos con la esperanza de verlos muy pronto los abrazó y, juntamente con su hijo, púsose en camino á la vuelta de Turín. Don Bosco llevaba consigo el breviario, un misal y algunos cuadernos; la madre una cesta de ropa con algunos objetos indispensables. Viajaban á la apostólica, es decir, á pié y discurriendo de Dios y sus cosas. Llegados á la ciudad de Chieri, se pararon á comer en casa del abogado Sr. Valimberti, cuya familia estaba en íntima relación con la de ellos. Prosiguieron después su camino y al anoecer llegaron á Turín.

Al llegar á *Rondó*, lugar poco distante de la nueva demora, tuvieron un feliz encuentro, que es digno de particular mención. Era el Rdo. Sr. Doctor Don Juan Vola, celoso sacerdote turinés, de quien hemos hablado ya en esta historia, pues venía con frecuencia al Oratorio á ayudar á Don Bosco. Después de haberle manifestado las más cordiales congratulaciones por la salud adquirida, le preguntó: — ¿Y adónde vas á habitar?

— Tengo aquí á mi madre, respondió Don Bosco, y vamos á parar en casa Pinardi, muy cerca del Oratorio.

— Pero sin empleo y sin estipendio ¿como os las vais á arreglar para vivir en esta ciudad?

— Tu me haces una pregunta que no sabría cómo contestar en este momento; sin embargo, nosotros nos ponemos en las manos de Dios y esperamos que no nos faltará su auxilio.

— A la verdad, yo te admiro, añadió el sacerdote Vola, y te alabo; siento no tener dinero; pero en fin toma esto por ahora — y le dió el reloj. Don Bosco le dió las gracias y dirigiéndose á su madre, hé aquí le dice, una prueba evidente de que la Divina Providencia nos protegerá. Vámonos, pues, con confianza.

Anduvieron un poco más y se encontraron en su nueva habitación. Consistía esta en dos alcobas para dormir, de una de las cuales tenían que servirse también para cocina. Había dos camas, dos banquitos, dos sillas, un baul, una mesa, una cazuela con algunos platos, y por la primera noche podemos añadir también un reloj, vendido al día siguiente. Como se ve reinaba á las mil maravillas la pobreza y la miseria.

Todo esto que habría arredrado á cualquiera, alegró y consoló á Don Bosco y su madre, la cual le dijo: « En casa todo el día tenía que estar con el cuidado de administrar y mandar á todos; aquí, por lo que veo, podré estar mucho más tranquila y menos molestada. » Después, de buen humor y llena de contento, se puso á cantar:

*Guai al mondo
Se ci sente
Forstieri
Senza niente,*

dando á entender su crítica posición sin un céntimo en el bolsillo. Don Bosco como no estaba ya ocupado en el Instituto de la Marquesa Barolo, no recibía estipendio alguno. Se necesitaban medios de subsistencia; tenían que pagar el alquiler de la casa, dar de comer á algunos niños que, llenos de hambre y frío iban á su puerta pidiendo pan. Don Bosco, como su buena madre, no podían dejarlos ir sin nada; de suerte que unas veces les daba un pedazo de pan, otras una pieza de ropa y otras otra cosa. Por cuyo motivo, de allí á pocas semanas habían concluido con todo lo que tenían. ¿Cómo, pues, podrían seguir adelante?

Si bien habían puesto su confianza en los graneros y tesoros de la divina Providencia, sin embargo no dejaron de hacer todo lo que por su parte podían con el fin de obligarlo á obrar algun milagro. Por lo tanto D. Bosco se decidió á vender y vendió algunos pedazos de terreno y una viña que le pertenecían. Y no bastando esto la madre mandó le trajesen los regalos de sus bodas, que hasta entonces había conservado con especial cuidado. Apenas los hubo recibido se fué á venderlos y parte de su resultado lo invirtió en ornamentos sagrados para la capilla del Oratorio que era sumamente pobre.

Por muy poco apego que aquella buena mujer tuviese á las cosas del mundo, sin embargo el deshacerse de tan preciosos recuerdos le costó no poca pena. Una vez que hablaba sobre esto le oímos decir:

« Cuando ví aquellos objetos por última vez entre manos y que estaba ya para darlos á otros, me sentí un poco turbada; pero me hice cargo de ello y dije: Idos con Dios; que mejor suerte no os podría tocar, como es la de dar de comer á tantos pobres niños y adornar la casa del Esposo celestial. Después de este acto me sentí tan contenta que si hubiese tenido muchos otros regalos me habría quedado sin ellos igualmente alegre y conforme.

Con semejantes auxilios Don Bosco pudo alquilar aún otras habitaciones que fueron muy ventajosas al Oratorio. Se abrieron entonces las escuelas festivas y nocturnas. Al principio, por falta de sitio, se hacía clase en la cocina, en el aposento de Don Bosco, en la sacristía, en el coro y en la capilla. No es necesario digamos que dichos sitios no eran los más á propósito para nuestra ocupación, pero no se podía obrar diversamente.

Por consiguiente, adquirido nuevo local, Don Bosco abrió otras escuelas, las cuales dividió segun la mayor ó menor instrucción de los alumnos, que muy pronto llegaron á 300 y se obtuvieron resultados harto consoladores.

Después de algunos meses de clase quiso Don Bosco que diésemos pública prueba de nuestra aplicación en el Catecismo, Historia

Sagrada y Geografía. Con tal fin invitó á varios personajes de Turín, entre los cuales el celebre abate Aporti, el diputato Boncompagni, el teólogo Baricco, el profesor Rayneri y otros. Estas celebridades nos hicieron varias preguntas sobre las referidas materias; se quedaron satisfechos de nuestras respuestas, aplaudieron nuestro ensayo y dejaron á los sobresalientes muy bonitos premios y recuerdos.

Animados por esta primera prueba, hicimos poco tiempo después otra sobre diversas materias, con más solemnidad que la primera. Como en todo Turín se hablaba de nuestras escuelas por ser entonces una novedad y además no eran pocos los profesores y otras personas distinguidas que venían á visitarlas con frecuencia el Ayuntamiento mismo, apenas lo supo, mandó una Comisión, compuesta de los Sres. Cotta, Capella y Duprè con el fin de que se cerciorasen de si lo que se decía era realidad ó cosa imaginaria.

(Se continuará)

Necrología.

Publicamos los nombres de los Cooperadores y Cooperadoras que en el año 1888 fueron llamados por Dios Ntro. Señor á la eternidad, y al propio tiempo recomendamos á todos los hermanos que pertenecen á nuestra Pía Sociedad, rueguen de un modo especial por el eterno reposo de sus almas. Meditemos también nosotros con frecuencia en esta postrimería, de cuyo acaecimiento ignoramos la hora y lugar y preparémonos con nuestras buenas obras al divino llamamiento, llenos de confianza en la misericordia de Dios.

Arizaga Bonifacio (*Coruña*).

Arzures Verónica (*Carácas*).

Albia J. (*Albacete*).

Bravo Carmen (*Utrera*).

Corcololes Juan (*Madrid*).

Cappo Antonio (*Id.*).

Gosalvez M. (*Alicante*).

Jimenez Francisco (*Sevilla*).

Mancebo Rafaela (*Carácas*).

Mayor de Llano Luis (*Barcelona*).

Oropeza Ana (*Carácas*).

Pintado J. (*Brasil*).

Planas Carmen (*Barcelona*).

Pinto de Campos Joaquin (*Roma*).

Perez José María (*Sevilla*).

Reus Manuel (*Alicante*).

Soriano Vicente (*Carácas*).

Sanchez Juan, Deán de la Catedral de *Plasencia*.

Villamitjana y Villa Benito, Arzobispo de *Tarragona*.

Con aprobacion de la Aut. Eclesiástica — Gerente MATEO GHIGLIONE

Turin, 1889 — Tipografía Salesiana.

LECTURAS CATÓLICAS

AÑO I. (1884)

LA FE

ANTE LA CIENCIA MODERNA

POR MONSEÑOR DE SEGUR

Opús. en-32 de 175 pág. En Buenos Aires mjn 12. Peset. 0 80

LOS FRANCMASONES

LO QUE SON, LO QUE HACEN, LO QUE QUIEREN

POR MONSEÑOR DE SEGUR

Opús. en-32 de 142 pág. En Buenos Aires mjn 12. Peset. 0 80

LOS VIAJEROS DEL FERRO CARRIL

Y VIDA DE LA PASTORCILLA

SANTA GERMANA COUSIN

Opús. in-32 de 16 pág. En Buenos Aires mjn 10. Peset. 0 75

LA GRAN BESTIA

SEÑALADA A LA JUVENTUD

por el P. F. MARTINENGO

Opús. in-32 de 140 pág. En Buenos Aires mjn 14. Peset. 1 00

LETRAS ENCICLICAS
DE N. S. P. EL PAPA LEÓN XIII
SOBRE LA LIBERTAD HUMANA

Dadas en Roma el 20 de Junio de 1888

Opúsc. en-16 de 44 pág. Pesetas 1 00

COLECCIÓN DE LECTURAS DRAMÁTICAS

I. B. FRANCESIAE

DE S. AURELIO AUGUSTINO
ACTIO DRAMATICA

IN DUAS PARTES DISTINCTA NUNC PRIMUM AB EODEM VERSIBUS
TRADUCTA QUOS OLIM IACOBUS MARTELLIUS ITALIS DEDIT

Opús. en-32 de 104 pág. Pesetas 0 60

I. B. FRANCESIAE

LEO I. P. M.

ACTIO DRAMATICA

PLAUTINIS VERSIBUS CONSCRIPTA ET ITALICIS NUMERIS
IN OMNIUM COMMODUM APTATA

Opúsc. en-32 de 118 pág. Pesetas 0 60